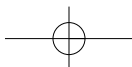
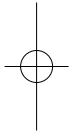
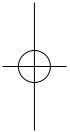


J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans

BAUDELAIRE



1

Al final de mayo de 1916, mi brigada —regimientos 399° y 400°— se encontraba aún en el Carso. Desde el principio de la guerra, había combatido sólo en aquel frente. Para nosotros, se había vuelto ya insoportable. Cada palmo de tierra nos recordaba un combate o la tumba de un compañero caído. No habíamos hecho otra cosa que conquistar trincheras, trincheras y más trincheras. Después de la de los «gatos rojos», había venido la de los «gatos negros» y luego la de los «gatos verdes», pero la situación seguía siendo la misma. Tras tomar una trinchera, había que conquistar otra. Trieste seguía allí, frente al golfo, a la misma distancia, cansada. Nuestra artillería no había querido disparar ni un solo tiro contra ella. El duque de Aosta, nuestro comandante, la citaba todo el tiempo en las órdenes del día y en los discursos para animar a los combatientes.

El príncipe tenía escasas capacidades militares, pero una gran pasión literaria. Su jefe de Estado Mayor y él se completaban. Uno escribía los discursos y el otro los pronunciaba. El duque los aprendía de memoria y los recitaba, con oratoria de antiguo romano y una dicción impecable. Las grandes ceremonias, bastante frecuentes, estaban preparadas expresamente para aquellas demostraciones oratorias.

14 EMILIO LUSSU

Por desgracia, el jefe de Estado Mayor no era un escritor, por lo que, pese a todo, en la estima del ejército contaba más la memoria del general al recitar los discursos que el talento de su jefe de Estado Mayor al escribirlos. El general tenía también una bella voz. Aparte de eso, era bastante impopular.

En una tarde de mayo, nos llegó la noticia de que el duque había dispuesto, como premio a los numerosos sacrificios sufridos por la brigada, mandarnos a descansar en la retaguardia durante unos meses y, como a la noticia había seguido la orden de mantenernos listos para el relevo por otra brigada, había de ser por fuerza cierta. Los soldados la acogieron con alborozo y aclamaron al duque. Al final, se daban cuenta de que alguna ventaja había en tener por comandante a un príncipe de casa real. Sólo él podía conceder un descanso tan largo y lejos del frente. Hasta entonces, los turnos de descanso los habíamos pasado a pocos kilómetros de las trincheras, expuestos a los disparos de los artilleros enemigos. El cocinero del comandante de la división había dicho al asistente del coronel —y el rumor había corrido como una centella— que el duque quería que pasáramos el descanso en una ciudad. Por primera vez, durante toda la guerra, empezaba éste a adquirir popularidad. De repente corrieron los rumores más favorables sobre él y la noticia de que había tenido una grave disputa con el general Cadorna para defender a nuestra brigada recorrió, acreditada, las unidades.

La brigada recibió el relevo y aquella misma noche bajamos a la llanura. En dos etapas llegamos a Aiello, pequeña ciudad no lejana de las antiguas fronteras.

Nuestro júbilo no tenía límites. Al final, ¡vivíamos! ¡Cuántos proyectos en la cabeza! Después de Aiello, llegaría la gran ciudad. ¿Tal vez Udine? ¡A saber!

Entramos en Aiello, a la hora del primer rancho. A la cabeza iba mi batallón, el 3^o, que marchaba con la 12^a compañía por delante.

Mandaba la 12^a un oficial de caballería, el teniente de complemento Grisoni. Había sido oficial de ordenanza del comandante de nuestra brigada. Tras morir éste, a consecuencia de una herida de granada, había querido permanecer en la brigada y prestaba servicio en mi batallón. Como oficial de caballería que era, no podía ser destinado a una unidad de infantería, pero el comandante general de la caballería le había concedido una autorización especial, con derecho a conservar el ordenanza y el caballo. Era conocido en toda la brigada. El 21 de agosto de 1915, con cuarenta voluntarios, había atacado por sorpresa y conquistado «el nudo de la maraña», sólida trinchera avanzada, defendida por un batallón de húngaros. Había sido una acción de una extrema audacia, pero él se había hecho célebre por otra hazaña. Una noche, mientras estábamos descansando, después de haber bebido y mezclado, sin demasiada medida, varios vinos del Piamonte, había entrado a caballo e igualmente por sorpresa en el comedor en el que estaba almorzando el coronel con los oficiales del puesto de mando del regimiento. No había pronunciado una sola palabra, pero el caballo, que parecía conocer perfectamente las jerarquías militares, había caracoleado y relinchado en torno al coronel. Poco había faltado para que por esa ocurrencia, diversamente apreciada, fuera devuelto a su arma.

El batallón desfilaba al paso por delante de la plaza del Ayuntamiento. Allí estaban el comandante de la brigada, el comandante del regimiento y las autoridades civiles de la ciudad.

La compañía de cabeza, en fila de cuatro en fondo, marchaba, marcial. Los soldados estaban enfangados, pero

aquel uniforme de trinchera volvía más solemne el desfile. Al llegar a la altura de las autoridades, el teniente Grisoni se irguió sobre el estribo y, dirigiéndose a la compañía, ordenó:

— ¡Atención, vista a la izquierda!

Era el saludo al comandante de la brigada.

Pero era también la señal convenida para que el primer pelotón entrara en acción. Al instante, se descubrió toda una fanfarria cuidadosamente organizada. Una trompeta, hecha con una gran cafetera de lata, dio la señal de firmes, a la que respondió el acorde de los más variados instrumentos. Eran, todos ellos, instrumentos improvisados. Abundaban los que hacían un estrépito mayor para acompañar el paso. Los platillos estaban representados por tapas de gamella. Los tambores eran restos de viejos odres de revituallamiento en desuso, hábilmente adaptados. Los pistones, los clarines y las flautas estaban formados con los puños cerrados, en los que los especialistas, abriendo ora un dedo ora otro, sabían soplar de las formas más eficaces. El resultado era un admirable conjunto de alegría musical de guerra.

El comandante de la brigada frunció el ceño, pero al final sonrió. Como hombre razonable que era, no tuvo inconveniente en que soldados que habían vivido en el fango y el fuego todo el año, se permitiesen semejante diversión, pese a no ser reglamentaria.

Todo el regimiento quedó acantonado en Aiello.

Por la tarde, el alcalde ofreció a los oficiales unas copas y un discurso. Leyó con voz trémula.

— Constituye un gran honor para mí, etcétera, etcétera. En la gloriosa guerra que el pueblo italiano riñe bajo el genial y heroico mando de Su Majestad el Rey...

Ante la palabra «Rey», como era obligatorio, adoptamos

la posición de firmes, con gran estrépito simultáneo de tacones y espuelas. En la sala municipal, el fulminante estruendo de aquel saludo militar, retumbó como un disparo de armas de fuego. El alcalde, civil profano, no imaginaba que aquella modesta alusión suya al Soberano pudiera provocar una demostración tan fragorosa de lealtad constitucional. Era un hombre distinguido y, con aviso previo, no habría dejado, desde luego, de apreciar en su justa medida semejante acto patriótico, pero cogido así, de improviso, tuvo un sobresalto y dio un ligero brinco que lo elevó unos centímetros por encima de su estatura. Se había quedado pálido. Dirigió una mirada incierta al grupo de los oficiales, inmóviles, y esperó. La hoja del discurso escrito se le había caído de las manos y yacía, como un culpable, a sus pies.

El coronel esbozó una decorosa sonrisa complacida, satisfecho de ver marcada, aunque fuera de forma provisional, la superioridad de la autoridad militar sobre la autoridad civil. Con expresión de orgullo contenido, que en vano se esforzaría por ostentar quien no haya tenido durante mucho tiempo mando de tropas, dirigió la mirada del alcalde a nosotros y de nosotros al alcalde y, con esa pizca de maldad que serpentea en el corazón de los hombres más apacibles, se le ocurrió impresionar aún más al alcalde. Ordenó:

—Señores oficiales, ¡viva el Rey!

—¡Viva el Rey! —repetimos nosotros, gritando la frase como un monosílabo.

Al contrario de lo que esperaba, el alcalde no pestañeó y gritó con nosotros.

El alcalde era hombre de mundo. Ya dueño de sí, recogió la hoja y continuó el discurso:

—Nosotros venceremos, porque así está escrito en el libro del destino...

Dónde podía estar aquel libro ninguno de nosotros, incluido el alcalde, lo sabía, desde luego, y menos aún qué estaba escrito en aquel libro ilocalizable. Sin embargo, aquella frase no provocó reacción alguna. En cambio, este otro pasaje mereció una atención notable:

—La guerra no es tan dura como nosotros la imaginamos. Esta mañana, cuando he visto entrar en la ciudad a sus soldados de fiesta, acompañados por el sonido de la fanfarria más alegre que imaginarse pueda, he comprendido, y toda la población conmigo, que la guerra tiene sus atractivos hermosos...

El teniente de caballería saludó, al tiempo que hacía tintinear las espuelas, como si el cumplido fuera dirigido en particular a él. El alcalde continuó:

—Hermosos y sublimes atractivos. ¡Desdichado quien no los siente! Porque... sí, señores, es hermoso morir por la patria...

Esa alusión no gustó a nadie, ni siquiera al coronel. La sentencia era clásica, pero el alcalde no era el más indicado para hacernos apreciar, literariamente, la belleza de una muerte, aun cuando fuese gloriosa. La forma misma como el alcalde había acompañado la exclamación había sido desafortunada. Parecía que hubiera querido decir: «Ustedes están más hermosos muertos que vivos». Una buena parte de los oficiales tosió y miró al alcalde con arrogancia. El teniente de caballería sacudió las espuelas con un gesto de desasosiego.

¿Comprendería el alcalde nuestro estado de ánimo? Es probable, porque se apresuró a concluir ensalzando al Rey. Dijo concretamente:

—¡Viva nuestro glorioso Rey de estirpe guerrera!

El teniente de caballería era el más próximo a una gran mesa cubierta de copas de espumoso. Rápidamente tomó una aún llena, la alzó y gritó:

—¡Viva el Rey de Copas!

Para el coronel fue un golpe en pleno pecho. Miró, estupefacto, al teniente como si no diera crédito a sus ojos y a sus oídos. Miró a los oficiales para apelar a su testimonio y dijo, más afligido que severo:

—Teniente Grisoni, también hoy ha bebido usted demasiado. Sírvase abandonar la sala y cumplir mis órdenes.

El teniente hizo sonar las espuelas, se cuadró, dio un paso atrás y saludó:

—¡A sus órdenes, mi coronel!

Y salió con la fusta bajo el brazo y visiblemente satisfecho.